

La Sombra del Doble Un Malestar en la Reflexividad

Johann Jung

Psicólogo clínico, doctor en psicología y psicopatología clínica. Centro de investigación en psicopatología y psicología clínica, universidad Lumière-Lyon2

RESUMEN

La clínica de las problemáticas narcisistas-identitarias expresan modalidades afectadas de la reflexividad que perturban la capacidad del sujeto para reconocerse en el seno de su propia experiencia. En estas coyunturas en las que “la sombra del objeto ha caído sobre el Yo” el sujeto es víctima del retorno destructivo de aspectos ajenos del objeto incorporado. El tema de la sombra en la literatura fantástica permite esclarecer la construcción de la identidad subjetiva en el modelo del doble: al revelar una perturbación de la relación consigo mismo, la emergencia del doble testimonia la manera en la que el sujeto no ha reencontrado al objeto como un “doble transicional” simultáneamente igual y diferente de sí. Pero mientras que el doble permite al sujeto conservar un lazo reflexivo consigo mismo, figurando en el exterior la alteridad interna, la escisión del yo, caracterizada por la ausencia de reflexividad, aparece como una alternativa radical de tratar los aspectos extraños a sí mismo.

[‡]La problemática del doble, de la identidad o aún de la reflexividad atraviesa la psicopatología contemporánea, interrogando particularmente la capacidad del sujeto para establecer lo que Donald Winnicott (1956) llamaba un «sentimiento continuo de existir». La clínica de la actuación, de las conductas adictivas, de los estados depresivos y, de una manera general, todo aquello que se puede reagrupar alrededor de las perturbaciones de la subjetivación, testimonian una puesta a prueba de la identidad que altera el funcionamiento psíquico, hasta el punto de imponer a la subjetividad una remodelación más o menos profunda de la identidad, esto queda ilustrado particularmente al hilo del desarrollo en los retos psíquicos de la adolescencia.

Esta clínica pone en escena este momento paradójico donde el sujeto se encuentra mal llevado, puesto a prueba en su continuidad de ser y en la relación que tiene tanto consigo mismo como con el otro o con aquello que se le escapa de sí mismo o del otro. Concretamente, estos sujetos sufren de una perturbación de la reflexividad más o menos profunda que afecta a su capacidad para autorrepresentarse, para reflejarse en su espejo interior. La puesta a prueba de la identidad, del sentimiento continuo de ser él mismo, no permite al sujeto reconocerse subjetivamente en el seno de su experiencia, experimentarse y pensarse a sí mismo en el seno de su mundo interno. En estas coyunturas psíquicas, la alteridad, vivida como extraña a sí, no es ya capaz de sostener los procesos de apropiación de sí. La

[‡] *La psychiatrie de l'enfant 2015/1 (vol. 58), p. 5-22.*

Traducción de Pilar Puertas Tejedor



organización reflexiva se encuentra aquí interferida en sus diferentes componentes: sensoriales, afectivos o aún representativos. Frente a la amenaza que pesa sobre su identidad, el sujeto deberá pues encontrar otras vías para continuar experimentándose a sí mismo y continuar sintiéndose existir psíquicamente. Esta problemática interroga fundamentalmente los retos reflexivos de la identidad entonces confrontada a una amenaza de ruptura, testimonia la necesidad psíquica de restablecer una relación a sí y del mismo modo, una continuidad identitaria.

La Cuestión Del Doble

Este contexto favorece particularmente la emergencia de figuras clínicas o psicopatológicas del doble, en el seno de las cuales el sujeto encontrará una ocasión de estabilizar su sentimiento de identidad y, potencialmente, de transformarse en torno a una nueva representación de sí. La hipótesis que podríamos formular es que el doble buscaría paliar el límite -incluso la carencia- del espejo psíquico para reflejar «subjetivamente» la identidad. Encontramos aquí, las proposiciones de Jean José Baranes para el cual el doble constituye tanto la «tela de fondo de todo acontecimiento psíquico» como la «expresión de su fracaso» [...] «el decorado (normalmente silencioso) del teatro psíquico se convierte entonces en el escenario mismo» (Baranes, 2003, p. 224-225). Este modelo permite aprehender las figuras del doble en general, y no solo las que se inscriben en un registro psicopatológico, revelando cada vez un límite o un defecto de la constitución del doble como una «tela de fondo» de los acontecimientos psíquicos: el fondo se vuelve figura y revela la incapacidad del sujeto para inscribir la experiencia psíquica en una relación reflexiva consigo mismo.

Esta perspectiva hace referencia implícitamente a la construcción de un fondo psíquico reflexivo, lo que Guy Lavallée (1999) denomina “el espejo psíquico interno” y por lo tanto a la forma en la que el sujeto se construye en el curso de su desarrollo apoyándose sobre la función reflexiva de los objetos investidos en doble (Winnicott, 1967; Roussillon, 2004). A la luz de estos trabajos, la emergencia del doble expresaría una

fragilidad incluso un fallo de la construcción identitaria sobre el modo del doble y por lo tanto un defecto en la constitución interna de un objeto doble investido simultáneamente como igual y diferente de sí, a saber, un «doble transicional» (Jung, 2010, 2013) de sí.

Armonizando las categorías de lo mismo y de lo diferente, del narcisismo y de lo objetal, esta forma particular de doble permite en efecto al sujeto, en el curso del desarrollo, experimentarse y pensarse a sí mismo inicialmente en presencia del objeto, posteriormente en la relación a sí mismo, heredera de la anterior. Este proceso se apuntalará particularmente sobre las experiencias relacionales en doble «encontrado/creado» y de su puesta a prueba en el pasaje al narcisismo secundario (doble «destruido/encontrado»).

A partir de ahora el doble - en su forma transicional- es este objeto gracias al cual un sujeto puede encontrarse y descubrirse a sí mismo subjetivamente... constituye el soporte privilegiado a partir del cual el sujeto trata, pone en forma, simboliza la relación con aquello que se le escapa de su relación con el objeto y consigo mismo.

Según este modelo, en lugar de un doble transicional, la perturbación del vínculo primario con el objeto investido en su función reflexiva favorecerá la expresión de figuras «no transicionalizadas» o aún «destransicionalizadas» del doble, sobre el modo de retorno fondo/figura, puesto en evidencia por Baranes. Este fallo de la reflexividad se traduce por una perturbación más o menos importante de la relación a sí y por la emergencia de afectos de angustia pudiendo llegar hasta la vivencia de pérdida de la identidad. Es el caso de las modalidades del doble organizadas esencialmente sobre un modo defensivo, reveladoras de una distorsión del espejo psíquico interno.

Cada figura del doble puede entonces potencialmente enseñarnos en relieve sobre la construcción de un vínculo primario con el objeto, sobre las particularidades de esta relación y de su interiorización, es decir sobre las etapas por las que el sujeto se ha constituido reflexivamente a partir del objeto y continúa todavía en la actualidad reflejándose.

Es decir que, a diferencia del doble transicional interiorizado, que deja borrándose un espejo



psíquico interno y una relación de objeto “diferenciada”, la emergencia clínica del doble, aunque testimoniando el esfuerzo del sujeto para restablecer una relación a sí mismo, revela el fracaso de la identidad para componer su propia alteridad. Aunque figurada por el doble, esta alteridad así es mantenida sea a distancia del sujeto, bajo una forma desconocida – es lo que se encuentra, por ejemplo, en la figura del doble persecutoria–, sea en un vínculo de continuidad narcisista que tiene como objetivo reencontrar un vínculo primario con el objeto, incluso restablecer una ilusión narcisista primaria frente a la amenaza que representa la alteridad.

Testimoniando las coyunturas psíquicas en las que la «sombra del objeto» (Freud, 1917) ha caído sobre el yo y, específicamente en las que el sujeto se encuentra preso del retorno destructivo de los aspectos extraños e «inasimilados» del objeto incorporado por el yo. El sujeto puede sentirse poseído, actuado por una fuerza oscura que le supera, al punto a veces de retirarse de sí mismo al precio de una escisión de toda una parte de su vida psíquica.

Metáfora De La Sombra En La Literatura Fantástica

Largamente abordado en la literatura fantástica, el tema de la sombra nos aclara sobre la construcción de la identidad subjetiva sobre el modelo del doble. Ilustrándose particularmente en el romanticismo alemán, este motivo del doble evoca con fuerza el sentido del *Doppelgänger*, literalmente «el que marcha al costado» y que aparece la mayoría de las veces como un compañero indeseable.

Nacida del combate del hombre contra sus demonios internos, la sombra simboliza esta parte a la vez desconocida e indisoluble de sí, que expresa de una manera más o menos conflictiva lo que no ha podido ser asumido o admitido del sujeto. En tanto que doble invertido o reflejo negativo del sujeto, la sombra figura, sin duda, más que cualquier otro motivo del doble, la parte de la alteridad sin la cual la identidad no podría constituirse. De la misma manera que no hay sombra sin luz, no habría identidad sin alteridad, no hay yo sin no-yo, etc.: «El yo es actividad, luz,

tendencia a determinar cualquier cosa; por lo tanto, el no yo, presente en su núcleo, es más bien pasividad, tiniebla, aptitud primitiva para ser determinada» (Véto in Folsheid, 1993, citado por Goimard, 2003, p. 235).

Pero también, la sombra se puede pensar como el producto de la actividad psíquica y subjetiva, ya sea que lo pensemos en la melancolía y a la sombra del objeto que cae sobre el yo (Freud, 1917) o en los distintos mecanismos de defensa o en las modalidades de interiorización del objeto, o aún en la simbolización en la que una de sus características es siempre producir un resto con el cual se tendrá que componer (Rousillon, 1999).

El uso corriente de la metáfora de la sombra en la literatura y en el arte en general, nos enseña la potencia evocadora de esta figura, cuando se trata por ejemplo de describir el vínculo del hombre en relación con aquello que se le escapa y le ciega a la vez, esto se ilustra claramente en «La extraña historia de Peter Schlemihl o el hombre que ha perdido su sombra» d'Adelbert von Chamisso.

Escrito en 1813 este cuento encontró desde su publicación un gran éxito en un amplio público. Adoptando un tono ligero, esta historia pone en escena de un modo cómico los desvaríos de un hombre que acepta vender su sombra a un hombrecito gris a cambio de la riqueza. Convirtiéndose en el hazmerreír de los paseantes, nuestro héroe no tarda mucho tiempo en lamentar su acto y le pide a su consejero encontrar lo más rápido posible el objeto en el mercado. Volviendo con las manos vacías de su misión, este último sin embargo se queda con una comisión que le había dado un hombre que acababa de encontrar delante de su puerta. Peter Schlemihl comprende que se trata del hombre del traje gris. El consejero le informa que este último se va a ir lejos de aquí y que al cabo de un año volverá para proponerle un nuevo intercambio todavía más agradable. Un año más tarde, el hombre vestido de gris vino a encontrarse con Schlemihl para proponerle intercambiar su alma con la sombra que le había vendido. Rechazando este nuevo pacto con el diablo, el héroe acaba por aceptar su condición de hombre sin sombra y decidirá retirarse del mundo y vivir lejos de los hombres.



En el prefacio de la traducción francesa de 1837, Chamisso cita el extracto de un tratado elemental de física de René Just Hauy a propósito de la sombra: «Un cuerpo opaco no puede jamás ser aclarado más que parcialmente por un cuerpo luminoso, y el espacio privado de luz, que se sitúa del lado de la parte no aclarada, es lo que se llama sombra. De esta manera, la sombra propiamente dicha representa un sólido cuya forma depende a la vez de la del cuerpo luminoso, de la del cuerpo opaco y de la posición de este último con relación al cuerpo luminoso. La sombra, considerada sobre un plano situado detrás del cuerpo opaco que la produce, no es otra cosa más que la sección de este plano en el sólido que representa la sombra» (Hauy, citado por Chamisso, 1837, p. 64).

De esta forma pues, la sombra y el sólido que la produce se representan mutuamente el uno al otro gracias a la presencia de un cuerpo luminoso. A falta de ser reconocida como una parte esencial e inestimable de sí, la sombra «sustantivizada» se convierte en la nueva cosa negociable, contribuyendo de manera considerable al empobrecimiento del alma del héroe. Sin sombra, Peter Schlemihl está condenado a errar como un fantasma reclamando su sepultura. Como los fantasmas, el héroe tiene un cuerpo transparente que no produce sombra. De hecho, la exposición a la luz le confronta constantemente a su propia falta que todo el mundo ve.

En su antología de lo fantástico, Jacques Goimard (2003) subraya esta paradoja: «La ausencia de la sombra expone a Schlemihl a las miradas mientras que el único personaje que pasa desapercibido es el hombre de gris» citando a Pierre Péju, añade: «Solo existe para la mirada de Schlemihl» (Goimard, 2003, p.239). Si Schlemihl ve lo invisible, por el contrario, no se puede ver a sí mismo, de la misma manera que no puede protegerse de la mirada «deslumbrante del objeto»:

en la medida en que es transparente para sí mismo, la ausencia de sombra revela como la ausencia de reflejo de la novela de *Horla* (Maupassant, 1887), la opacidad de su relación consigo mismo (Jung, 2010). En su estudio sobre el *Don Juan y el doble* de Otto Rank (1914), Cléopâtre Athanassiou-Popesco escribe: «El doble que no abandona al yo se parece aquí a la sombra que dobla la forma de la identidad que representa en su vertiente negativa» (Athanassiou-Popesco, 2006, p. 117).

La metáfora de la sombra pone en escena la relación consigo mismo en un modo negativo, figura implícitamente aquella parte de la identidad que no puede ser apropiada por el sujeto, es la huella de su ausencia. Pero la sombra revela también la imposibilidad del sujeto para filtrar suficientemente la luz del objeto, lo que reenvía por un lado a la incapacidad de éste para borrarse en tanto que otro sujeto y, por otro lado, a una falla de los procesos introyectivos: en lugar del espejo subjetivante, el sujeto encuentra aquí un espejo opaco incapaz de reenviar otra cosa que no sea la sombra del objeto.¹

En un registro comparable, «La sombra» de Andersen (1847) da cuenta de este momento en que la sombra devenida incontrolable, toma posesión del mismo sujeto. Un joven sabio, venido de los países nórdicos, se instala en un país cálido. Sufría tanto del calor que solo podía vivir al atardecer. Incluso su sombra se recogía y no se agrandaba más que cuando la noche caía. Una tarde, el sabio, curioso con la casa silenciosa de enfrente, donde había percibido una bella joven, pidió a su sombra que mirase al interior y le relatase lo que había visto. Los años pasaron y la sombra vino a visitar al sabio de vuelta a su país. Le contó que había descubierto la Poesía en la extraña morada y que había observado tanto y tan bien al mundo, que se había convertido poco a

¹René Zazzo indica que a diferencia del reflejo en el espejo o de una foto, la sombra no conlleva informaciones figurales. Por el contrario, aparece al sujeto bajo una forma «viva y presente [...], solidaria del cuerpo en sus movimientos» (Zazzo, 1993,

p.130). Muy cerca de las manifestaciones del inconsciente, la sombra metaforiza esta parte de sí o del objeto no reconocida, pero sin embargo viva y presente, su alteridad.



poco en un ser de carne y de sangre. La sombra propuso al sabio incomprendido y envejeciendo recorrer juntos el mundo a condición de que acepte convertirse en la sombra de su sombra. Cuando llegaron a un país desconocido, la sombra convertida en hombre se enamoró de la hija del rey y se casó con ella. Con el miedo de ser desenmascarada y deseosa de ocupar para siempre el lugar del sabio, la sombra llegó a convencer a su mujer de matar al sabio convertido en sombra.

Si «La extraña historia de Peter Schlemihl» describe el proceso por el cual un sujeto, sometido a una pérdida de su identidad, se encuentra impelido a retirarse de su vida psíquica y de dissociarse del mundo, en Andersen, la sombra se comporta como un parásito que acaba por usurpar la identidad del sabio: «La sombra del objeto cae sobre el yo» y toma el lugar del sujeto mismo. «Doblado» por su sombra, el sabio no puede continuar existiendo más que convirtiéndose a su vez, como en la canción de Jacques Brel², la sombra de la sombra del objeto.

Escisión Del Yo Y Desdoblamiento: Tratamiento De La Sombra Del Objeto

Cuando la sombra del objeto cae sobre el yo, el sujeto ya no puede distinguir y calificar suficientemente lo que en el interior de él tiene que ver con el objeto o de sí mismo. Por el contrario, el objeto interno se presenta al sujeto bajo una forma paradójica, como un doble negativo y «negativizante» de sí que emborrona los límites constitutivos de la identidad. El objeto se percibe entonces como formando parte de sí o provisto de atributos del yo, lo que llega a abolir toda distancia crítica respecto de lo que se produce en sí. La introyección del doble se traduce aquí por una interiorización paradójica del objeto sobre el modo de la incorporación, objeto que conserva en el interior un estatus exterior y extranjero que perturba la relación del sujeto con el objeto y consigo mismo. A diferencia del objeto doble

introyectado, el objeto doble incorporado constituiría una forma negativa del doble, que testimonia la manera en la cual el sujeto no ha encontrado al objeto como un doble transicional de sí.

Frente a la amenaza de despersonalización, el sujeto puede, sin embargo, recurrir a una escisión para protegerse de un vínculo reflexivo desubjetivante con el objeto interno, cuando este último es asimilado de forma confusa al yo. Sin embargo, los aspectos escindidos del yo podrían potencialmente ser reconvocados cada vez que una nueva amenaza pesase sobre el yo, cada vez que el sujeto estuviera compelido a pensarse a sí mismo en su relación con el otro.

Siguiendo esta óptica, la escisión del yo constituye una alternativa radical para tratar los aspectos extranjeros de sí, mal reflejados por el objeto. Este mecanismo interviene cuando el sujeto no llega a desdoblarse, dicho de otra manera, cuando el objeto reflexivo interno no puede reflejar otra cosa más que su alteridad o sus particularidades intrínsecas. Mientras que la escisión se constituye por una ausencia de reflexividad, a la inversa, en el desdoblamiento el sujeto conserva un vínculo reflexivo consigo mismo, lo que le permite continuar existiendo subjetivamente, a veces bajo una forma pasiva que le restringe a una posición de testigo mudo e impotente. Esta forma de desdoblamiento, en el núcleo de la cual el sujeto aparece reducido a una «piel de dolor», muestra la dimensión fundamental del vínculo reflexivo a sí o a una parte desconocida de sí cuando esta no puede ser mantenida más al amparo de una escisión.

Sin embargo, aunque se trate de dos procesos distintos, la escisión del yo y el desdoblamiento aparecen, en situaciones extremas de la subjetividad, en un registro de complementariedad susceptible de desembocar en la creación de un doble. Siguiendo este punto de vista, el desdoblamiento puede ser considerado como una de las condiciones intrapsíquicas para la configuración de un objeto-doble interno o externo, según

²«Ne me quitte pas»



se apunte sobre el objeto real o bien sobre una forma imaginaria susceptible de tomar ese lugar.

El doble puede llenar aquí una función auto-reflexiva consiguiendo lo que se puede designar según Roussillon (1999) una forma de «ligazón primaria no simbólica» de los elementos pulsionales que subyacen a la identidad subjetiva. Mejor aún, tendría como función asegurar a veces, de una manera muy tenue lo que podemos llamar una «ligazón identitaria», que consiste en ligar y separar dialécticamente lo de dentro y lo de fuera y las otras formas de oposición (el yo y el no-yo, lo extranjero y lo familiar, etc.) que garantizan el mantenimiento de la organización reflexiva.

Son estas configuraciones extremas, a través de las cuales expresan la paradojalidad identitaria bajo una forma destransicionalizada, las que nos permiten hablar del «doble negativo», a la vez en el sentido de un retorno (lo de dentro se convierte en lo de fuera, etc.) pero también en el sentido de la potencialidad desorganizadora que implica sobre el plan psíquico. El «doble negativo» revela así en el exterior o de una manera manifiesta lo que, por oposición, el «doble transicional» llega a ligar en el núcleo de la organización reflexiva interna. A falta de estar contenida y reflejada en la relación con el doble interno, la identidad se desorganiza. Esta situación extrema, que caracteriza el proceso de destransicionalización de la identidad, trastorna la relación del sujeto consigo mismo y con el mundo que le rodea. El sujeto no puede sobrevivir más que a condición de expulsar fuera de sí esta parte de sí mismo que no puede continuar reconociendo y que amenaza con alienarlo.

Para Roussillon, esta solución extrema permite formular la paradoja central de la identidad que se produce así: «Para continuar sintiéndose ser, el sujeto ha debido retirarse de sí mismo y de su experiencia vital. Una parte esencial de la experiencia se convierte así en extraña a sí misma; es lo que define como el estado de alienación de la identidad o de una parte de ésta» (Roussillon, 1999, p.141). Lo que significa que, debido a la escisión, el sujeto no solo se corta de una parte de su subjetividad, sino que llega igualmente a instaurar una nueva forma de continuidad identitaria sobre el fondo de discontinuidad rechazando la experiencia de terror fuera de su subjetividad.

Retirándose parcialmente de sí mismo, el sujeto puede entonces continuar sintiéndose ser y potencialmente comenzar a «juntar-se consigo mismo» a partir de una nueva experiencia de su identidad, protegiéndose a la vez contra una amenaza de alienación.

En este tipo de configuración, la identidad solo se puede componer de nuevo escindiéndose de la historia que la determina, solo puede existir psíquicamente si se libera del peso alienante de los objetos internos. De esta manera, la continuidad psíquica se adquiere paradójicamente al precio de una amputación del yo.

Más allá del fracaso del espejo psíquico interno para reflejar la parte de la alteridad que se impone al yo, estas situaciones revelan una imposibilidad para recurrir a una forma transicional o apuntalante del doble. Todo pasa por el contrario como si el sujeto no tuviera otra elección más que retirarse de su experiencia o ausentarse de sí mismo, movilizando defensas psíquicas radicales organizadas alrededor de la escisión. La escisión puede desde este punto de vista, ser pensada como el último recurso de la subjetividad para paliar la ausencia o la pérdida de un vínculo en doble, e igualmente como un medio para eludir un movimiento reflexivo mortífero y desubjetivante. Dirigiéndose específicamente a los elementos de autoinformación del psiquismo, la escisión se establece aquí en una relación de oposición a la reflexividad, constituyendo una solución psíquica alternativa al doble para tratar los efectos de la sombra del objeto que ha caído sobre el yo.

Una Figura Negativa Del Doble: El Doble Persecutorio

De manera complementaria a la puesta en juego de una escisión, otro destino de esta problemática identitaria consiste en recurrir a un doble persecutorio. Entre las figuras «destransicionalizadas» del doble, el doble persecutorio reúne procesos destinados a poner a distancia o aún a evacuar sobre un modo proyectivo la parte de la identidad sometida al objeto incorporado. Esta modalidad del doble largamente descrita en la literatura, es probablemente una de las figuras más visibles, en tanto que aparece bajo una forma



relativamente delimitada en una relación de exterioridad al sujeto. Cargada de angustia, se presenta al sujeto bajo una forma amenazante y potencialmente alienante. En el extremo, su expresión clínica se une a las primeras descripciones del doble (Rank, 1914; Freud, 1919) alrededor de la desmentida enérgica que la opone a la potencia de la muerte o, como lo precisan César y Sara Botella «al temor de la muerte psíquica [...], al riesgo de la no representación» (Botella, 2001; p. 106).

Hemos visto, a partir de la evocación del tema de la sombra en la literatura fantástica, cómo el doble persecutorio busca tratar los aspectos inasimilables de la alteridad interna y por lo tanto necesarios para la constitución de la identidad. De esta manera, el doble persecutorio pone en escena la relación imposible del sujeto con una parte de su alteridad. Esta alteridad interna inasimilable reenviaría históricamente a una perturbación de la relación homosexual primaria en doble (Roussillon, 2004) y, específicamente, a una puesta a prueba del vínculo primario encontrado/creado que le impide la interiorización del objeto-doble bajo una forma transicional y por lo tanto el establecimiento de un espejo psíquico interno subjetivante. En este contexto, la ilusión narcisista primaria aparece poco consistente y no permite a la identidad asimilar, bajo una forma estructurante, la alteridad del objeto en su organización reflexiva. Por el contrario, el sujeto se encuentra atrapado en una forma de ilusión paradójica negativa: una parte de la identidad aparece confundida con la alteridad incorporada del objeto, empujando al sujeto a desprenderse de la amenaza interna del objeto y del riesgo melancólico que se le asocia.

Cuando el objeto no ha podido ser suficientemente encontrado como doble, dicho de otra manera, cuando la alteridad del objeto se ha impuesto demasiado pronto y bajo una forma bruta, «no mediatizada» al yo narcisista, el objeto no puede ser concebido en la ambigüedad de ser yo y no-yo, dentro y fuera, mismo y distinto de sí. Por el contrario, esta modalidad de doble testimonia -en el lugar y en el sitio de esta ambigüedad fecunda para la identidad- de una escisión entre el yo y el no-yo, entre la identidad y la alteridad, o aún, entre los aspectos idealizados y

persecutorios del objeto. El doble no puede ser reconocido aquí más que en negativo, como un objeto fundamentalmente «otro», pero permitirá sin embargo a la identidad establecerse a partir de lo que no es o, más exactamente a partir de la proyección fuera de lo que no ha podido asimilar dentro.

Por la puesta a distancia de una parte alienante de la identidad, el sujeto buscaría, a través de la investidura de una figura de doble persecutorio, desprenderse o tratar los aspectos alienantes del objeto reflexivo interno. Dicho de otra manera, a tratar «la sombra del objeto caída sobre el yo». Aprehendido como tal, el doble persecutorio revela la existencia de un espejo interno roto que amenaza desde dentro al sujeto de una alienación con el objeto interno. No pudiéndose borrar bajo la forma de un espejo psíquico interno subjetivante, el objeto interno incorporado emborrona de alguna manera la identidad del sujeto alterando considerablemente su capacidad reflexiva.

La Alteridad Interna Y La Sombra De Los Objetos

Para René Roussillon (2008) «la sombra del objeto cae sobre el yo» cuando el espejo primitivo del primer objeto ha fracasado, cuando éste no ha podido reflejar de forma suficientemente adecuada los movimientos psíquicos del sujeto. Se trata entonces de una pérdida paradójica, de una pérdida fundamental de lo que no ha tenido lugar prosigue el autor apoyándose en las formulaciones de Winnicott. Siguiendo esta perspectiva, «la sombra del objeto que cae sobre el yo» puede ser pensada como un objeto-doble que ha perdido su función reflexiva subjetivante, un reflejo «negativo» de sí, allá donde el objeto no ha podido reflejar/restituir los movimientos psíquicos del sujeto. Surge en el lugar de un reflejo subjetivante, ausentando al sujeto de la relación consigo mismo. Este aspecto «negativo» del doble se va a organizar esencialmente alrededor de la modalidad de la incorporación.

Por oposición, en la introyección, el objeto interiorizado contiene la huella de la investidura del sujeto, es decir una forma «reflejada» de elementos psíquicos comprometidos en la relación



con el objeto. Estos son en efecto restituidos bajo una forma reflexiva que permite el establecimiento de un espejo psíquico interno diferenciado. Se puede decir que el espejo psíquico es lo que queda del objeto cuando ha sido suficientemente introyectado, encarna de alguna manera la parte del objeto necesaria para que el sujeto pueda reflejarse a sí mismo y existir subjetivamente en la relación que establece consigo mismo.

Esta característica de la introyección contribuye a dotar al yo de una función reflexiva subjetivante e independiente del objeto. De esta manera, la introyección encuentra en su proceso una forma de negativización necesaria para la integración del objeto en la trama del yo, que nos recuerda a la alucinación negativa definida por André Green (1977) como estructura encuadrante de la representación. La introyección permite pues al sujeto borrar al objeto en tanto otro sujeto y enriquecer al yo de las propiedades del objeto. Integrándose en el yo, el objeto introyectado se “desparticulariza” para convertirse en un objeto «anónimo» (Lavallée, 2000), enteramente al servicio de la subjetividad.

Pero sí existen formas de alteridad destructivas, que amenazan con alienar al yo, como cuando la sombra del objeto cae sobre el yo, se pueden reconocer, al lado de estas formas radicales y mortíferas, formas de alteridad relativas, fundadoras y estructurantes. Es el caso por ejemplo de las formas de alteridad tratadas por los afectos de «inquietante extrañeza» (Freud, 1919) y que podrán ser el objetivo de una transición hecha por el doble. Dicho de otra manera, el doble, bajo ciertas condiciones, es el objeto a partir del cual la identidad se transiciona, pero también el objeto a partir del cual, las formas de alteridad que sustentan la identidad se transicionan. De esta manera, la identidad y la alteridad no se inscriben en una relación de exclusión recíproca, sino más bien en una relación de articulación dialéctica. Esta relación contribuye a sostener la tópica interna por el establecimiento de una diferencia entre lo de dentro y lo de fuera, entre el yo y el no-yo, garante de una relación a sí.

Conclusión

Todas estas reflexiones nos llevan a pensar en las formas de alteridad identitaria en una relación estrecha con el objeto y a su función de espejo primario. Las perturbaciones de la identidad subjetiva más o menos profundas, de la relación reflexiva a sí mismo, reenvían fundamentalmente a la historia de la relación precoz, al mundo de los objetos investidos en doble. De esta manera, uno se puede preguntar por ejemplo ¿Qué es lo que refleja el objeto cuando éste no ha podido jugar su rol de espejo primero de los estados internos del sujeto? Cuestión desplazada de otro, a saber: ¿Qué refleja el objeto cuando no refleja nada, por ejemplo cuando éste está ausente de la relación o bien se presenta al sujeto sin tomar en cuenta su necesidad de ser reflejado?

Si se admite que el objeto inicialmente está potencialmente concebido como un doble del sujeto y/o como una continuidad de sus estados internos, el objeto puede no reflejar más que su propia alteridad, es decir, su parte de sombra. El encuentro con la alteridad del objeto cuando ésta no ha podido ser mediatizada en y por la relación homosexual primaria en doble, puede producir entonces una ruptura o un fallo en el continuum narcisista primario.

En este tipo de coyuntura donde el objeto reflejó mal los estados internos del sujeto, el sujeto puede, según Roussillon (2008), o bien «torcerse» para intentar corresponder a la imagen reflejada, o bien retirar sus inversiones de la relación en doble. En estas situaciones extremas se puede añadir que el objeto cuya función reflejante ha fracasado puede encontrarse «expulsado» de su rol de doble, destituido de su función reflexiva subjetivante.

Este decaimiento del objeto-doble, que rompe la ilusión narcisista primaria de un objeto doble espejo de sí, testimonia una defensa primaria destinada a preservar la identidad de una confusión desubjetivante. De este modo, cuando la alteridad del objeto no puede ser mediatizada por la relación homosexual primaria en doble, el sujeto no tiene otra posibilidad más que cortarse de una parte de sí, retirándose de la relación en doble. Pero hay que añadir que, por esta escisión, el



sujeto se constituye una alteridad interna que le va a amparar no solo de los aspectos incorporados del objeto sino también de los movimientos internos que no han podido ser transformados y reflejados «en doble» por el objeto. Éste es el sentido que se puede dar, siguiendo a Roussillon, a la expresión de Freud de 1917, «la sombra del objeto ha caído sobre el yo». Esta fórmula, en el fondo enigmática, puede ser entendida, en el núcleo de la organización narcisista primaria, como la asimilación (incorporación) al yo de las respuestas inadecuadas y potencialmente alienantes del objeto a las investiduras del sujeto en búsqueda de reflexividad.

Se entrevisté aquí toda la psicopatología del doble y, más allá, la del narcisismo y de la identidad. En lugar de un doble transicional, se asiste en este tipo de coyuntura a la emergencia de figuras «destransicionalizadas» del doble, es decir figuras que no permiten ya la elaboración de la paradoja identitaria de ser y de no ser idéntico a sí mismo, simultáneamente mismo y distinto. Testimonios del fracaso de la constitución de doble en la relación con el objeto, estos elementos subrayan inversamente el rol fundamental del doble en cada etapa de la formación de la subjetividad y del aparato psíquico.



Referencias

- Athanassiou-Popesco C. (2006), *La représentation et le miroir*, Paris, Ed. Papesco.
- Andersen H. C. (1847), «L'ombre», in Richter A. (1995), *Histoires de doubles: d'Hoffmann à Cortazar*, Bruxelles, éditions Complexe, pp. 153-163.
- Baranes J. J. (2002), «Penser le double», *Revue française de psychanalyse*, vol. 66, n° 5, pp. 1837-1843.
- Baranes J. J. (2003), *Les balafres du divan*, Paris, Puf.
- Botella C., Botella S. (2001), *La figurabilité psychique*, Lausanne-Paris, Delachaux et Niestlé.
- Chamisso A. V. (1813), «L'étrange histoire de Peter Schlemihl ou l'homme qui a perdu son ombre», in Richter A. (1995), *Histoires de doubles: d'Hoffmann à Cortázar*, Bruxelles, Editions Complexe, pp. 63-119.
- Freud S. (1895), *Etudes sur l'hystérie*, Paris, Puf, 1967.
- Freud S. (1914), «Pour introduire le narcissisme», in *La vie sexuelle*, Paris, Puf, 1997, pp. 81-106.
- Freud S. (1917), «Deuil et mélancolie », in *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1991, pp. 145-171.
- Freud S., (1919), *L'inquiétante étrangeté*, in *L'inquiétante étrangeté et autres essais*, Paris, Gallimard, 1995, pp. 213-263.
- Goimard J. (2003), *Critique du fantastique et de l'insolite*, Paris, Pocket.
- Green A. (1977), «L'hallucination négative», in *Le travail du négatif*, Paris, Editions de Minuit, pp. 373-380.
- Jung J. (2010), «Du paradoxe identitaire au double transitionnel: le Horla de Maupassant», *Revue française de psychanalyse*, vol. 74, n° 2, pp. 507-519.
- Jung J., Roussillon R. (2013), «L'identité et le "double transitionnel"», *Revue française de psychanalyse*, vol. 77, n° 4, pp. 1042-1054.
- Lavallée G. (1999), *L'enveloppe visuelle du Moi*, Paris, Dunod.
- Lavallée G. (2000), «Le défaut de subjectivation : l'interlocuteur transitionnel et sa médiation symbolisante », in Raoult P. A. et al., *Le transfert en extension*, Paris, L'Harmattan, pp. 151-162.
- Maupassant G. (de) (1887), «Le Horla», in *Les Horlas*, Actes Sud, 1995, pp. 37-75.
- Rank O. (1914), «Le double», in *Don Juan et le double*, Paris, Payot, 2001, pp. 11-140.
- Richter A. (1995), «Les métamorphoses du double», in *Histoires de doubles: d'Hoffmann à Cortázar*, Bruxelles, éditions Complexe, pp. 9-24.
- Richter A. (1995), *Histoires de doubles : d'Hoffmann à Cortázar*, Bruxelles, éditions Complexe.
- Roussillon R. (1999), *Agonie, clivage et symbolisation*, Paris, Puf.
- Roussillon R. (2004), «La dépendance primitive et l'homosexualité primaire "en double"», *Revue française de psychanalyse*, vol. 68, n° 2, pp. 421-439.
- Roussillon R. (2008), «La perte du potentiel. Perdre ce qui n'a eu lieu», *Le Carnet Psy*, n° 130, p. 35.
- Winnicott D. W. (1956), «La préoccupation maternelle primaire», in *De la pédiatrie à la psychanalyse*, Paris, Payot, 1969, pp. 168-174.
- Winnicott D. W. (1951), «Objets transitionnels et phénomènes transitionnels», in *Jeu et réalité*, Paris, Gallimard, 1995, pp. 7-39.
- Winnicott D. W. (1967), «Le rôle de miroir de la mère et de la famille dans le développement de l'enfant», in *Jeu et réalité*, Paris, Gallimard, 1995, pp. 153-162.
- Zazzo R. (1993), *Reflets de miroir et autres doubles*, Paris, Puf.

